

LIBRO V.

Se lamenta la Princesa del suceso de Miseno.—Paralelo entre un general y un pastor.—Pintura brillante del cargo de un general.—Los bienes y males suelen tener los nombres trocados.—Disputa de dos pastoras sobre la belleza extraordinaria.—Elogios de la rara belleza.—Descuentos de la belleza extraordinaria.—Sus raras cualidades son castigo.—Descripcion de la envidia.—Prepárase en el mar Adriático la expedicion contra Constantinopla.—Sabe el tirano de esta capital el consejo que dió Miseno, y le hace buscar por todas partes.—Consulta á los magos, y por su consejo entra en una caverna subterránea.—Compone Miseno una discordia entre los pastores, y se hacen cánticos á la paz, que él introdujo en los campos, núm. 39.—Por la fama del *Pastor extranjero* le descubren, y lo llevan preso á Constantinopla.—Se conforma y saca utilidad de sus trabajos, valiéndose de las máximas de su filosofía.

1 El Conde no podia volver en sí del espanto que le causaba la narracion de Miseno. El respeto debido á su persona le detenia para no sospechar que exageraba; pero la contradiccion de sus máximas, con las que el mismo Conde seguia, le dificultaba darle asenso. De este modo, luchando consigo mismo, cuanto mas disputaba en su interior, tanto mayor silencio guardaba en la lengua, y así mudo é inmóvil estaba escuchando atento. Mas la hermana, queriendo conocer las heridas del corazon del Conde para darles remedio, las tentaba con frecuentes preguntas, obligándole á declarar su concepto, lo que él hizo, aunque con aire impaciente, de la suerte que se sigue:

2 No puedo decir nada, cuando mi entendimiento se halla tan confuso. La diferencia, señor, entre vuestra persona y ese estado en que estuvisteis, poco diverso del en que ahora vivís, es capaz de hacer perder el juicio á quien se deje llevar de su discurso. Yo, amigo, no sé qué os diga, solo sé que en todo hay misterios, y vuestra vida es para mí uno de los mayores.

3 Mucho habíais de gustar, dijo Miseno, de hablar con mi buen viejo Polibio, porque en cuanto á esto lo hallaríais enteramente conforme á vuestro dictámen. Él pensaba que yo vivia interiormente muy afligido, y que cuando salia con las ovejas al campo, solo era para desahogar mi pena entre las peñas y bosques. Se me olvidaba decirlo que yo le habia declarado parte de mis secretos, porque juzgué ser indigno de un hombre de bien ocultarme del todo á quien

me manifestaba con generosidad todo su corazon. Dijele que anteriormente habia servido en las tropas, y comandado en jefe los ejércitos, cargo que me habia dado el rey Mieceslao la segunda vez que subió al trono; mas le callé mi nacimiento, añadiéndole, que razones muy fuertes me habian obligado á salir de la patria desconocido. Él tambien habia servido en el ejército del emperador Manuel Commeno¹, y despues de muchos años de servicio, y no pocos de edad, se habia retirado á vivir en sus haciendas, que hacia cultivar por sus criados é hijos, queriendo por este medio hacerlos felices por mas con la abundancia y sencillez rústica, que con el lujo y la ambicion de la corte.

4 Como ambos éramos militares, ya veis que era regular entretenernos frecuentemente con los sucesos de la guerra. Él aun conocia en mí espíritu marcial, y viéndome pastor de ovejas, no podia persuadirse que yo viviese contento y satisfecho.

5 Á la verdad, señor, dice la Princesa, que tenia razon Polibio: en cuanto á mí no hay ni puede haber en el mundo cosa que mas lisonjee la vanidad del corazon humano, que la gloria, el respeto y la estimacion debida á un general en jefe. Si hemos de hablar con ingenuidad, creo que esta gloria excede á la de los mismos Soberanos. Como ambos lo fuimos, podemos confesarlo sin recelo. Los Monarcas están en cierto modo obligados á inclinar el cetro y bajar algun tanto la corona, para que ellos se la aseguren en la cabeza, cuando se les va á caer. ¿Y dónde mejor que en los brazos de un general puede reposar un soberano, para dormir con sosiego? Aun se conservan mas vivos en los anales de la posteridad los nombres de los grandes generales, que los de los soberanos que no juntaron la espada con el cetro. Y vos, señor, que enlazáteis una gloria con otra, ¿vivís ahora contento? ¿Y vivíais contento entonces cuando guardábais cuatro ovejas en un monte? ¿Y esto despues de haber visto doblar la rodilla en vuestro acatamiento á todos los ejércitos, y á todos los pueblos de tan vastos dominios? Digo lo que mi hermano, que vuestra vida es para nosotros verdadero misterio.

6 Yo os lo explicaré, dijo Miseno. Los bienes y los males de esta vida habéis de saber que andan con los nombres trocados. Este es el fruto de las reflexiones maduras y tranquilas que hacia yo á las riberas del Mariza, mientras las ovejas pastaban, y ahora os haré el mismo paralelo que hacia entonces á Polibio cuando hablaba con él de este mismo asunto. Como ni él ni vos, hijo mio, aunque servís-

¹ Reinó este Emperador desde 1143 hasta 1180.

teis en la guerra, jamás ocupásteis el puesto supremo, no conocísteis los famosos capitanes, sino por haberlos visto pintados en la historia con todos los penachos poéticos y los adornos fabulosos de la lisonja y mentira. Mas yo puedo deciros lo que se pasa en uno y otro estado; porque de ambos tuve experiencia. Os pondré delante de vuestros ojos como ellos son en realidad, y vosotros seréis jueces para decidir quién queda mas cerca ó mas lejos de la felicidad de la vida.

7 Comencemos por la *independencia*, que yo reputo la basa de la humana grandeza. ¡Cuán dulce y suave es la independencia de un pastor en su cabaña retirada allá en retorcidas y quebradas de los montes! Él puede decir, en cierto modo, que es señor absoluto, y que de Dios abajo no reconoce superior en toda la haz de la tierra: la lana de su ganado le viste, su leche le sustenta, sus corderitos lo regalan, nada mas apetece, nada le falta.

8 Por otra parte, ¡qué indispensable, qué continuada, y qué servil es la independencia de un guerrero, si llega á ser general en jefe! Primeramente para subir á este puesto, ¡cuántas humillaciones le fueron precisas, hasta arrastrarse tal vez indignamente por tierra! Despues que pudo subir, ¡qué fina política, qué adulaciones, qué lisonjas, qué viles contemplaciones, qué apretados torcedores de su conciencia y de su honor no le son necesarios para no llegar á caer! Si se ofrece la ocasion de salir á una campaña, ¿de quién no depende este gran guerrero? Depende del soberano ausente; bien que esa dependencia no le es pesada, porque es justa y precisa; depende del Consejo, depende del Gabinete, y depende de personas que, pasando de los blandos lechos de pluma á los teatros del amor y de la vanidad, quieren gobernar desde allí la sangre ajena. Depende de personas, que saliendo de los brazos encantadores del sueño, ó de los de las sirenas que embelesan con el gusto y con el deleite, van á decidir fácilmente, y como á sangre fria, sobre asaltos y brechas, sobre heridas y estragos, sobre peligros, horrores y muertes. Depende de los subalternos, que están en espera para aprovechar la menor ocasion de arruinarle, porque muchas batallas se han perdido solo por la malicia y mala voluntad de enemigos ocultos, que no dudaron sacrificar á su ciega pasion el bien público, el honor del soberano, la sangre de sus compatriotas, la vida de sus parientes, y la destruccion de su patria. Depende el general, además de sus soldados, de la disposicion del terreno, de los tiempos y de las borrascas; de los correos y espías, gente mentirosa, venal y astuta: gen-

te, que si no tiene estas cualidades, no vale nada, y si las tiene debe temerse. Depende de la perfidia de muchos descontentos, que si los compramos con dinero, por el dinero nos venden. Depende, en fin, de la ciega fortuna, que sin razon ni motivo da ó arranca de la mano la palma de la victoria. Ahora decidme, ¿á tanta dependencia del mundo podrémos llamarla, sin injuria de la razon, grandeza verdadera?

9 Toca el pastor su flauta en los montes, y todo se alegra; al sonido de ella acuden las serranas engalanadas danzando, respondiendo á una alegría con otra: mas el guerrero hace sonar la horrisona trompeta, y todo se asusta. Los peñascos y montes rechazando el sonido funesto, lo envian de unos valles á otros, y por todas partes se van anunciando horrores, estragos y muertes. ¿Quién es mas feliz?

10 Cuando el pastor canta, nada le perturba, nada disminuye su alegría; pero el guerrero nunca cantó sus victorias sin oír la disonancia de lamentos tristes. Este forma toda su felicidad de la desgracia ajena, y aquel solo se pone en lo que es útil para todos. ¡Qué bien dijo cierto poeta, cuando cantó así:

Queda alegre el pastor, queda sereno,
Si el tarro de la leche encuentra lleno:
La tristeza al soldado le enajena,
Si no tiñe el acero en sangre ajena.

Uno siembra los campos, otro los quema. Uno hace de ellos nacer la hermosa abundancia, otro hace salir de los abismos la hambre descarnada. Uno procura la vida á los mortales, otro la muerte. El uno es el instrumento de las bendiciones del cielo, y el otro es el azote de su terrible ira. Decidme ahora, ¿si viéndome pastor de ovejas en la cabaña de Polibio, despues de haber sido general en jefe en los Estados de Polonia, debia reventar de pena, ó rebosar de gozo?

11 Si miramos, dice el Conde, estas cosas como vos lo haceis, poca duda queda; mas ¿pensais acaso que un guerrero puede discurrir entonces como vos discurrís ahora? La gloria, á que esos héroes aspiran, los deslumbra, de modo que encantados totalmente con la belleza de esa divinidad, aunque sangrienta, quedan absortos, y viven una vida dichosa. Consultad, señor, vuestra propia experiencia, y hallaréis que os teniais por el hombre mas dichoso del universo cuando acabábais de conseguir una victoria completa.

12 Ya que me citais para el tribunal de la propia experiencia, debemos oír su deposicion; pero antes que ella hable, supongo que

no poneis la felicidad del hombre en verse con el morrion emplumado, montado en un brioso caballo con jaeces de terciopelo y de oro, cercado por todas partes de ricos y brillantes uniformes de gentiles caballeros, espadas relucientes, pabellones y tiendas pompasas, etc. Amigos míos, dejemos esa gloria para los pavos reales, ó para las muchas cabezas locas que ponen su gloria en las plumas¹. Lo que creo de vosotros es, que la felicidad del hombre solo la poneis en el corazon y en el alma. Aquí se sonrió la Princesa, y consaron ella y el Conde que esa gloria de los adornos, vanidad y gusto, era indigna de un racional que se precia de serlo. Esto supuesto replicó Miseno :

13 Yo os aseguro bajo la fe de quien soy, que no hay estado mas deplorable que el del corazon de un general, cuando se prepara para una accion de importancia. Él ve que no solo su vida, que ya entonces la reputa por nada, sino que tambien su fama están pendientes de una suerte; y que á la vuelta de un dado va á jugar la sangre de sus compañeros, la libertad de su patria, la corona de su soberano, el honor de su nacion, y de millones de compatriotas la vida. Mira que la fama está alerta con el clarin en la boca para publicar por todo el mundo su deshonor, si el éxito es infeliz; y el susto le está dando garrotes continuos al corazon. Esto sucede antes de entrar en batalla; mas luego que en la batalla entra, la escena se muda, pero no en menos horrible; pues todo un infierno vivo le arde en el pecho. Todo es espanto cuanto miran sus ojos. La ira, la cólera, la rabia y la venganza le traen el pensamiento y el corazon en un remolino tan furioso, que mas parece tigre que hombre.

14 La sangre de millares de enemigos es poca para saciar su sed ferina. Desea ver sembrados los campos de cadáveres y de cuerpos palpitantes, y enviar á los infiernos en un solo dia todo cuanto le hace oposicion sobre la haz de la tierra. Todas las víboras de los abismos le roen las entrañas: una sangre negra y espesa le corre por las arterias: su corazon lleno de hiel y de veneno no respira sino ruinas, estragos y muertes. Tiemblan delante de él las villas, tiemblan las ciudades, y hasta las campiñas tiemblan. Toda la naturaleza le mira con horror, y justamente, porque todos los rayos del cielo, y todas las furias de los abismos no causarían mas ruinas que las que él solo causa. Así se ve, que por donde va pasando todo es horror, todo desgracias, todo lamentos y gemidos. Todo lo tala,

¹ Esto es vanidad vanísima. (Eccles. 1, 2).

lo destruye, arruina, quema y abrasa. Ved cómo es este hombre dichoso. ¿Y no es esto la verdadera felicidad?

15 Verdadera infelicidad diría yo, responde la Princesa; pues vos me haceis temer solo con la pintura de la imaginacion. ¡Qué sería si yo os viese en el campo de batalla! ¡Ah, señora! ninguno conoce lo que pasa por el interior de un general en guerra, sino el que de ello tiene experiencia propia. Para salir bien, le es preciso hacer una combinacion pronta de diez mil sucesos fortuitos, diferentes y encontrados. Es preciso tener una balanza justa en el entendimiento que no vacile, ni aun en la mayor tempestad ó borrasca. Es preciso tener una vista fina que penetre hasta la region de lo futuro. Debe tener al mismo tiempo el sosiego de quien está en el gabinete, y el fuego y actividad de que la accion necesita. Su corazon se ve impelido juntamente del furor y de la venganza, y derretido por los sentimientos de la humanidad: por aquí ve los estímulos de la gloria, y por allí los de los dictámenes de la prudencia. Finalmente, debe cautelarse de los enemigos, desconfiar de los compañeros, y temerse de la inconstancia de la fortuna. Ahora, pues, en semejante conflicto ¿podrémos llamar á este hombre feliz?

16 Esto prueba, dice el Conde, que es muy difícil abrir esa puerta á la felicidad; mas una vez abierta, cuando el general descansa en los brazos de la victoria: cuando esta divinidad encantadora con una mano le pone en la cabeza la corona de laurel, y con la otra le concede la palma que jamás podrá marchitarse: cuando por todas partes oye los aplausos, los vivas y las aclamaciones de los pueblos: cuando los mismos soberanos bajan de su trono para abrazarle como amigo: cuando la fama cantando lleva de reino en reino, de clima en clima, y de un hemisferio á otro su glorioso nombre: cuando él lo ve grabado por los historiadores y poetas en el eterno templo de la gloria; decid si puede haber igual satisfaccion á la vanidad del corazon humano.

17 Pero vos, señor, respondió Miseno, ¿suponeis que es lo mismo entrar en una batalla con todos los peligros y medidas que yo os dije, que salir de ella victorioso? Mas, ¿cuántas veces sucede que despues de haberse el general lisonjeado dulcemente con la esperanza de la gloria, pierde la batalla, y se ve escarnecido de los contrarios, abominado de los nacionales, murmurado de los extranjeros, mal visto de su soberano, y maldecido hasta de la ínfima plebe? De la ínfima plebe, que no duda insultarle en su propia cara, por mas que él haya expuesto su vida por defender ese mismo pueblo

que le insulta , habiendo tal vez obrado con mayor valor y prudencia que ningun otro general el mas famoso.

18 Pero supongamos que nuestro general saliese victorioso. ¿La calma el primer ímpetu del aplauso, ¿qué enjambre de enemigos y envidiosos no le nace bajo los piés? ¿No habeis leído las historias de los generales griegos y romanos? ¿Y cuántos de un mérito superior á todo elogio leemos en ellas que murieron olvidados ó desgraciados? Muchas veces los mismos que os están abrazando cariñosos, si pudieran, á puñaladas os atravesarian por las espaldas. Creed, amigos, lo que os digo; y si no lo creéis, os aseguro que aun no conoceis el mundo, como yo tampoco lo conocia cuando era de vuestra edad; solo cuando oprimido de mis trabajos me ví pastor de ovejas, solo entonces tuve lugar y sosiego para reflexionar estas verdades. Al paso que las ovejas pacian, yo rumiaba lo que habia leído y visto, y concluía siempre, *que la mayor parte de los bienes y males del mundo andan con los nombres trocados*. Mi buen viejo Polibio tambien se me resistia como vos; pero poco á poco se dejó convencer de la verdad; y al fin vino á persuadirse que era mi alegría la mas sólida y sincera. Lo que me hizo conocer mejor la generalidad de esta máxima, fue una singular disputa que *Zefia é Iria*, dos hijas de Polibio, tuvieron entre sí, á la que estuve presente, porque me constituyeron juez. Estadme con atencion.

19 Un día que nuestros rebaños andaban un poco distantes, vino *Iria*, la hija menor, dotada de gran belleza, á convidarme para decidir cierta cuestion que tenia con su hermana, y decirme que tuviese á bien conducir mis ovejas á la otra parte de un collado que nos separaba los términos. La cuestion venia á ser: si una singular hermosura, en extremo rara, era favor del cielo, ó si por el contrario era castigo, como su hermana *Zefia* porfiaba. Réime de la proposicion, como vos ahora os reís; mas no quise sentenciar sin oír las dos partes.

20 Yo sin oírlas, dijo el Conde, sentenciaría á favor de la belleza; porque es cosa tan clara que no sufre duda: yo por lo contrario, replicó la Princesa, sigo el parecer de *Zefia*, y juzgo que *Miseno* no lo tendrá por despropósito. Proseguid, que no queremos interrumpiros.

21 *Zefia* podia hablar muy bien, dijo *Miseno*, porque excedia á su hermana, no solo en la belleza, sino tambien en el juicio maduro y reflexivo, lo que ya yo habia sospechado, viendo la suma atencion con que escuchaba mis conversaciones con Polibio: sin embargo,

Iria fue la primera que habló; y sentados los tres en un lugar alto á la vista de nuestros rebaños, se explicó en estos términos:

La belleza por extremo rara es el mas precioso don de naturaleza que una mujer puede recibir del cielo. Las mismas reinas que se ven privadas de la hermosura, no perdonan expensas, diligencias ni aun tormentos para suplir esta falta. Y de aquí infiero, que aun las coronas mas ricas y brillantes reciben de la hermosura un nuevo lustre y realce. Una simple pastora, sin mas adorno que su agraciado rostro, dejando su dorado cabello, parte suelto y ondeado sobre los hombros, y parte atado con gracioso descuido, puede hacerse envidiable de las señoras mas encumbradas. ¿Quién estimó jamás á una mujer sin esta prenda? El juicio es la prenda de los hombres, la fuerza de los brutos, la melodía de los pájaros; pero de las mujeres, solo lo es la hermosura. De manera, que segun dicen los pastores que mejor lo entienden, muchas veces una sola belleza ha causado grandes revoluciones en reinos enteros; y jamás se rindieron al juicio, ni al valor, ni á lo armonioso tantas adoraciones como se tributan á la beldad. Yo por lo menos, si tuviese este dote de naturaleza, me contaría por la mas feliz de todas las pastoras de estas campiñas. Así hablaba *Iria*.

23 Ciertamente, replicó el Conde, que tenia mucha razon en su parecer. Creed, hermana mia, que le debeis mas á Dios por la hermosura que os concede, que por la corona de Constantinopla con que os la realzó.

24 Agradézcoos, hermano, la política; pero quisiera oír el voto de *Zefia*, al cual puede ser que yo añada mis reflexiones; pero primero oigamos de la boca de *Miseno* lo que *Zefia* respondió. Á lo que él satisfizo de esta suerte:

25 Así discurría yo, dijo *Zefia* á su hermana *Iria*, así discurría cuando el verdor de los años me retardaba la madurez del entendimiento; pero cuando ya empecé á pesar con balanza justa las comodidades é incomodidades de una rara belleza, mudé de dictámen. Y sino, decidme, *Iria*, ¿de qué sirve esta hermosura extraordinaria á la pobre miserable sobre quien cayó este rayo? Todo el mundo se alborota en descubriéndose ella á la vista, todos en ella fijan los ojos, todos la miran con atencion, ya no es señora, ni de dejarse ver, ni de mirar; porque hasta sus mas mínimos movimientos la observan, y cuantas personas se hallan en su pueblo, son otras tantas centinelas que la guardan y la observan.

26 Así es, respondió *Iria*; mas ¡con qué gusto ve tantas como

le doblan la rodilla! Por todas partes encuentra adoraciones: todos á competencia desean excederse en los votos: todos sacrificios. No podeis negar, hermana mia, que todo esto lisonjea mucho el corazon, y le agrada sumamente.

27 Supongamos que es así, dice la hermana prudente, y aun adelanto mas. Quiero que en presencia de esa beldad presumida se encienda el fuego por todo su alrededor, que todos los corazones ardan en holocausto, que suban hasta las nubes los inciensos olorosos que se le tributan; y aun quiero que llegue á derramarse sangre en presencia de sus altares. Mas todo esto bien considerado no puede dejar de causarle un tormento increíble á la infeliz que es el objeto, si juntamente con la belleza tiene virtud y honor; porque la sangre que por semejante respeto se vierte, deja una mancha tal, que jamás podrá lavarse. El vapor espeso que exhalan tales corazones impuros es de un hedor intolerable: el humo tan negro, que tizna y sofoca; y aun cuando la belleza fuera tan feliz que las llamas no prendan en ella, nunca podrá librarse, que las llamaradas la chamusquen ó ennegrezcan. Ved ahora todos estos obsequios de qué le sirven.

28 Sea juiciosa y prudente, responde Iria, y no tiene que temer. Á esta respuesta advertí que Zefia cobraba valor, y admirándose mucho, decia: ¿No tiene que temer? ¿y cómo puede su prudencia evitar que los aplausos públicos degeneren en culpas de la inocente en el tribunal de las envidiosas?

Cada uno de los pretendientes, ciego de su pasión, solo pone la mira en seducirla y perderla, cueste lo que costare; de suerte, que para muchos viene á ser gloria grande solo el entrar en el número de los que disputan la preferencia. Vos decís que sea juiciosa; ¿y de qué le vale el juicio? Cuanto mayor es su mérito, tanto mas vivo es el estímulo para las alabanzas y el incentivo para los deseos. La infeliz no puede escapar del lazo. Si admite los obsequios, está perdida; y si no los admite, ¿de qué le sirve el ser prendada?

29 Basta solo la chusma de las feas para hacerle una guerra disimulada, pero cruel é interminable; y en las hermosas la envidia le prepara otra guerra mas abierta (dejadme explicar así), mas encarnizada. Aquí es donde la infeliz tiene mucho que sufrir; porque todas las que pretenden adoraciones de ningun modo han de consentir ver delante de sí otro ídolo mas elevado que las haga sombra. Bien sabeis que las pequeñas divinidades necesitan basa mas alta; y no pudiendo tenerla en sus propios méritos, la quieren formar de las

ruinas ajenas. Si encuentran un gran coloso, una belleza que sea la maravilla de su siglo, no se desaniman, se unen, y minan desde los pies hasta desenterrar los huesos de sus antepasados para dar con el ídolo en tierra, y formar de sus ruinas pedestales á su propia vanidad. Con estas y otras razones, de que no hago memoria, apretaba fuertemente Zefia á su hermana, y yo reía interiormente viendo como Iria se esforzaba para responderla; pero no hallaba camino.

30 Parecíame una ligera corza cuando siente los monteros sacudiendo las matas, que salta de un cerro á otro, que corre veloz á un profundo valle, que luego aparece en el collado de enfrente, y allí recelosa, viva y espantada mira á todos lados, va á salir por uno, y lo encuentra tomado, vuelve en un instante al otro, pero ya no es tiempo; hasta que en fin, apretado el cordon y estrechado el cerco, se ve obligada á rendirse: así hizo Iria; mas al fin se convinieron ambas sin que yo profríese palabra hasta despues de ver á las dos acordes.

31 Confieso que quede admirado viendo como una pastora hablaba con tanta noticia de los peligros de la belleza extraordinaria en las cortes; pero despues me informó Polibio su padre, que Matilde su esposa, cuando vivia en palacio, habia pasado grandes trabajos por su singular hermosura, y que Zefia, su hija mayor, habia adquirido con los documentos y avisos de su madre todo el horror con que miraba las prendas extraordinarias de la naturaleza. Yo aplicándome la leccion de la pastora, saqué para mi provecho, que desear exceder considerablemente á los demás en cualquiera prenda, sea la que fuere, es procurar su propio tormento y su infelicidad.

32 Luego que calló Misenó, dando la Princesa un suspiro que le salió de lo íntimo de su corazon, le dijo al Conde: ¡Ah, hermano mio! nunca oísteis máxima mas importante para la vida feliz, ni que sea mas generalmente ignorada. Si os distinguís demasiado en vuestra esfera, ya sea por un juicio fino y delicado, ó por una nobleza sin equivoacion mas pura y mas antigua, ó por el valimiento con los príncipes, ó por los dones de la fortuna y de la naturaleza; preparaos, porque tendréis tantos enemigos, cuantos fueren vuestros inferiores.

33 La envidia es un dragon que vuela siempre á lo alto, no se arrastra por la tierra como las demás serpientes, nunca tuvo ojos para mirar hácia bajo. Salta, embiste y acomete á cuanto mira superior. Si os quereis libertar de ella, no os fieis en la inocencia, por-

que vuestro mismo mérito es nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la persecucion es mas perniciosa. Cuanto tanto mayor ímpetu invade para morderla y destrozarla con dientes de fiera. Ad este mónstruo, como se formó y salió de los abismos tenebrosos, todo lo que brilla le da en ojos. Por lo que si os ve alucir, hiérve luego inquieto y desesperado; y revolviendo furiosamente la cabeza con la cola, se despedaza mientras no ve en sus danzas lo que anhela. La dilacion no le cansa, ni le acobardan las fatigas; antes parece que con el tiempo se le refina el veneno, y cada vez asalta con mayor ímpetu, dándole la desesperacion fuerzas y la rabia atrevimiento. Aun antes de heriros, con solos los silbos os aterrará. En una palabra, Conde, quien quisiere escapar del dragon de la envidia, ó no ha de brillar, ó ha de huir. En efecto, Miseno, es feliz la habitacion de los campos donde no vive este cruel mónstruo, pues todas sus presas están en las cortes y en las ciudades populosas.

34 ¡No llega al campo, dice Miseno admirado! Llegóme á mí cuando era pastor, y por mas que mi vida era retirada, y en la opinion de muchos acreedora de lágrimas, la envidia me juzgó digno objeto de su sed infernal, y halló medios de perseguirme. Esto os parecerá extraño, pero mi vida está llena de sucesos no vulgares. Voy á referiros el caso.

35 Los caballeros de la Cruzada habian aceptado las ofertas de Alejo, y accedido á sus proposiciones. En consecuencia de esto ya habia venido el Príncipe á embarcarse en la armada, que aun estaba en el mar Adriático, la que cada dia se hacia mas poderosa con los continuados socorros que sucesivamente le llegaban. El Dux y el príncipe Alejo me buscaban con diligencia para que los acompañase en la expedicion que yo habia persuadido tanto; pero sus diligencias solo sirvieron de publicar mi nombre, y el empeño que habia manifestado en aquella empresa. Hervia en aquel golfo una multitud infinita de vasos de todas formas, unos que traian, otros que se preparaban para el transporte. Venecia¹ estancaba todas sus fuerzas, porque era grande el interés que la animaba. Venia el sol acercándose al Norte, los mares se calmaban, los vientos eran favo-

¹ Venecia, república, su capital del mismo nombre, ciudad hermosa de Italia, situada entre lagunas en el mar Adriático, fundada sobre pilares, que forman 72 isletas; su vecindario 210,000 almas, en sus Estados 3,000,000, 40,000 hombres de tropa, 80,000 de milicias, 6,000 caballos, y sus rentas 8,000,000 de ducados.

Y sacbruto, le...
 de... las islas del golfo, rodeis, es era tumulto, bulli-
 piro y Dalmacia¹, esperando que se juntar se arrebata á los mu-
 para dar un golpe tal sobre Constantinopla que no se escape el fuego; de

36 No dormia el tirano con tanto ruido, inquietaba á quemar las el remordimiento de su propio delito, porque jamás pueden se veian descansado un traidor. Tenia por todas partes espías: todo lo que se veia hasta las mismas palabras con que yo á bordo del comandante... exhortado los caballeros á esta empresa, y ya veis que yo debia con la el objeto principal de su cólera. Era increíble la agitacion de su alma. mo, su susto, su cuidado y su sobresalto. Refuerza los baluartes, alista soldados, prepara municiones, y ofrece premios á quien le descubra el autor de aquella empresa: llegó á prometer la mitad de sus dominios al que me entregase vivo ó muerto, porque son fáciles en ofrecer los que no lo son en cumplir. En este tiempo, mi corazon sosegado apacentaba las ovejas de Polibio, bien ajeno de los trabajos que se me estaban preparando. Como ave inocente, que volando por la region de las nubes, ignora y nada la detiene de lo que agita los mortales en toda la superficie de la tierra, hasta que una saeta, saliendo del enmarañado bosque, la va á encontrar de improviso en los aires para tirarla contra la tierra; así me sucedió en ese tiempo.

37 Ardía el tirano en furor, ardía la corte, y todo el imperio ardía. Por montes, por valles, por lo cerca y por lo léjos, todos me buscaban; pero mi vestido, mi ocupacion y mis discursos me escondian. Cansasele el cerebro revolviendo pensamientos: su saña apura todos los arbitrios, y no sabe qué hacerse para descubrirme. Va, en fin, á consultar á los magos, los cuales aprovecharán de tan ciego empeño, quisieran hacer revivir las frias cenizas de la credulidad, conservadas únicamente entre la vil ignorancia de la plebe. Ellos le prometen que nada podrá escaparse á sus secretos y encantos. Piden tres dias de término: era largo intervalo para su deseo impaciente; pero acortan el plazo, con tal que se resuelva á un sacrificio nocturno. El tirano tiene horror del crimen, y teme: la impresion débil que aun le ha quedado de la religion despreciada le detiene un poco: pero trátase de una corona, se decia á sí mismo, y todo el horror se le disipaba. No se atreve á dirigir sus votos al cielo, porque hacia mucho tiempo que no levantaba tan arriba los ojos, y así era forzoso buscar su oráculo en los infiernos. Entra, pues, por consejo de los

¹ Albania y Epiro, provincias de la Turquía europea, confinantes entre sí con Dalmacia, y las tres con el golfo de Venecia.